

AMÁN ROSALES RODRÍGUEZ

Universidad Adam Mickiewicz de Poznań

Universidad de Łódź

## Del pesimismo identitario a la creolización en el ensayo antillano

ABSTRACT: Focused on the broad topic of national identity, the main purpose of this article is to expose the significant change suffered by that concept in the modern Antillean-Caribbean essay-writing. Departing from a stark pessimistic viewpoint represented in influential works by the Puerto Rican writers and intellectuals Antonio S. Pedreira, René Márquez and José. L. González, a more moderate, cautiously optimistic perspective has been put forward more recently by Antonio Benítez Rojo and Édouard Glissant. The main difference between the two positions is the replacement, in the second one, of a concern with essentialism by a more open and cosmopolitan instance centered on a pan-Caribbean multicultural experience.

KEY WORDS: national identity, essentialism, creolization, Antillean essay, Caribbean essay

### 1

Seguramente, la imagen básica que evoca el área de las Antillas en el Mar Caribe, para la mentalidad común de la gente, por ejemplo, desde Europa y Norteamérica, consiste en una sucesión de lugares exóticos, de destinos turísticos, carnavales y fiestas con música y nativos bulliciosos, y todo con el trasfondo de cálidas playas interminables y atardeceres multicolores. Desde tales latitudes, la región Caribe es un lugar soñado para escapar de la monotonía, la rutina diaria y los rigores invernales. Cuando mucho, la zona antillano-caribeña puede evocar en algunas personas fenómenos como el vudú y la santería, acaso también formas musicales como el calipso, el merengue o el reggae.

Acaso en otras personas, quizás un poco más enteradas del campo literario, el Caribe se asocia a grandes de la literatura antillana, como José Martí, Alejo

Carpentier y Nicolás Guillén, en el caso de Cuba. Pero, en realidad, es muy poco o nada lo que suele conocerse de la historia de la región y sus grupos insulares más importantes, las Antillas mayores y menores. De nuevo Cuba, con su emblemática Revolución de 1959, parece representar una excepción en lo que se refiere a su presencia mediática (fuera de América Latina) en la cultura de masas y popular.

No se suele saber, incluso, aunque pueda sorprender, dentro de la propia América Latina, que la región atlántico-caribeña ha sido y es todavía escenario de álgidos conflictos sociales, inestabilidades políticas, tensiones étnicas, pero también de una intensísima vida multicultural e intercambio lingüístico, que no siempre ha sido reconocida y respetada como se merece. En el campo literario es bien conocida la invisibilidad que ha caracterizado, hasta hace relativamente poco, al área dentro de contextos nacionales para los que, como es el caso para la América Latina continental, lo «culto» y «civilizado» se desarrollaba muy lejos de las regiones caribeñas de cada país. La construcción de «ciudades letradas» solía imaginarse lejos de las costas atlánticas a las que se visualizaba como últimos reductos de la barbarie «caníbal» y sus rastros en el presente.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la condición insular del Caribe mueve a autores como José María de Hostos y José Martí a preguntarse por las condiciones que harían posibles la autonomía y la autodeterminación de las colonias insulares hispánicas, sometidas a los vaivenes de los intereses económicos del imperio europeo y el capitalismo industrial estadounidense. Ya en los comienzos del siglo XX se inicia la lenta pero firme recuperación del espacio caribeño-antillano como un área con personalidad cultural, artística y literaria, propia. El área de las Antillas aparecerá como ejemplo por excelencia del fenómeno del mestizaje cultural hispano y latinoamericano, tan discutido en las primeras décadas del siglo pasado.

El presente trabajo se propone resaltar, fundamentalmente, un marcado contraste entre una postura más bien *pesimista* sobre la realidad sociocultural antillana y otra más esperanzadora, *cautamente optimista* respecto del futuro de la identidad de la región, y centrada en la idea de la *creolización*. De dicha transición destacan sobre todo —como se verá con base en algunos ejemplos textuales—, el abandono progresivo de esencialismos identitarios y la configuración de un imaginario antillano-caribeño más flexible y acorde con el fenómeno actual, global, de hibridismo e interrelaciones culturales.

Mientras que en trabajos representativos de autocrítica nacional, como los influyentes textos por comentar a continuación de los puertorriqueños Antonio Salvador Pedreira, René Márquez y, en forma parcial y menos extrema, José Luis González, el acento se pone sobre una identidad en quiebra por motivo de cierto fatalismo histórico-geográfico, por influencia además de un poco menos que inamovible *pasado* colonial, en ensayos más recientes, de autores como Antonio Benítez Rojo y Édouard Glissant, el énfasis se coloca en las posibilidades

a *futuro* que el hibridismo o creolización cultural ofrece a los pueblos antillano-caribeños y latinoamericanos en general.

Para evitar posibles malentendidos, conviene reiterar que, aunque tomados del contexto geográfico puertorriqueño, los textos de crítica socio-cultural y examen de la identidad nacional de Pedreira, Márquez y González exponen temas y preocupaciones *comunes*, en general, a otras experiencias insulares. Eso es lo que cuenta de modo primordial para el propósito señalado de este trabajo, habida cuenta la imposibilidad de efectuar un repaso exhaustivo y minucioso de cada experiencia insular del Caribe.

## 2

El diagnóstico del renombrado educador y escritor Antonio Pedreira (1899—1939) sobre la idiosincrasia puertorriqueña, desarrollado en su influyente trabajo *Insularismo* (1934), se emparenta con otros trabajos latinoamericanos de exploración ambiciosa y totalizadora del alma o el ser nacional producidos en las primeras décadas del siglo pasado. Desde una posición acusadora y omnisciente, el puertorriqueño Pedreira se refiere en su ensayo clásico a una historia insular convulsa, plétórica de inestabilidades raciales y culturales, que plantean un enigma al estudioso de la identidad antillana. Si lo que busca el explorador de la identidad nacional es la comprensión de lo esencial, su tarea se dificulta por la heterogeneidad de elementos que convergen en el espacio cerrado, pequeño pero complejísimo, de la isla:

Somos un pueblo difícil de complacer porque somos difíciles de comprender. No aseguro yo que todo provenga de esta diversidad de troncos y cruzamientos raciales sino que un punto de partida para interpretar nuestro carácter «tan mezclado y equívoco», es la variedad de reacciones que responden a secretos estímulos biológicos. Estas fuerzas repelentes que se desgastan en incesante choque invisible empañan el panorama de nuestras aspiraciones y prenden sus nebulosas en nuestros turbios propósitos, lanzando a cada uno por su lado sin poder hacinarnos ante la historia en un frente inexpugnable.

PEDREIRA, 1934: 3

De la firme convicción en este desorden de objetivos sociales, Pedreira deriva su creencia en la pasividad del puertorriqueño en tanto que forma de vida adoptada desde los tiempos coloniales. A partir de entonces, el puertorriqueño ha venido aceptando con relativa resistencia su condición colonial y dependiente. Se trata de una conclusión fatalista que luego se verá reaparecer con renovado vigor, como lo destaca Juan GELPÍ en su examen de la influencia

de *Insularismo* en el pensamiento puertorriqueño, en numerosos autores posteriores: «Para quienes lo leen en las tres décadas posteriores a su publicación, *Insularismo* es un *logos*, una especie de voz fundadora de la cual emana la verdad acerca de la nacionalidad puertorriqueña» (1993: 56). Dicha voz de autoridad obliga a escuchar una verdad dura, nada halagadora sobre la identidad puertorriqueña:

Acatar, aceptar: he aquí conceptos sintomáticos; empezamos aceptando los designios históricos sin la más remota posibilidad de torcer sus rumbos y acabamos por acatar la voz imperativa de los excelentísimos gobernadores militares que hasta fines del pasado siglo se hacían obedecer con la grosera fórmula de «orden y mando». Esta actitud no ha variado en nuestros días [...]. El desprecio a la vida caracteriza al pueblo dominicano y al cubano que a cada momento se la juegan con asombro de todos. Nuestra muchedumbre, por el contrario, es dócil y pacífica: se caracteriza por la resignación. Defiende su derecho a vivir con suma cautela y demuestra una instintiva prudencia que algunos identifican con el miedo.

PEDREIRA, 1934: 4—5

Pedreira reitera en su obra el tópico del determinismo geográfico y lo asume como elemento central en su diagnóstico sobre la inveterada pasividad puertorriqueña. Las fuerzas telúricas abruma a los seres humanos y los convierten para siempre en seres pasivos. Así pues, es preciso reconocer, según el autor, que «la colaboración ejercida por la geografía y el clima [...] ayudan poderosamente al apagamiento de la voluntad» (1934: 6). El sometimiento a las todopoderosas fuerzas naturales se traslada con facilidad a las fuerzas políticas y sociales de turno. La temprana idílica visión colombina de los territorios caribes como sitios de abundancia máxima, se ve reemplazada por la creencia en una suerte de maldición de los trópicos:

El clima nos derrite la voluntad y causa en nuestra psicología rápidos deterioros. El calor nos madura antes de tiempo y antes de tiempo también nos descompone. De su enervante opresión sobre los hombres viene esa característica nacional que llamamos el aplatanamiento. Aplatanarse, en nuestro país, es una especie de inhibición, de modorra mental y ausencia de acometividad. Es seguir, sin sofocarse, cómoda y rutinariamente, el curso de la vida, sin cambios ni inquietudes, cabeceando nuestras aspiraciones y en cuclillas frente al porvenir.

1934: 6

En su conocido y frecuentemente citado ensayo «El puertorriqueño dócil» (1965), su autor, el dramaturgo y novelista René Márquez (1919—1979), trazó, siguiendo la estela de su compatriota Pedreira, un cuadro psicológico nada esperanzador de la insularidad puertorriqueña. Condición insular y crisis identitaria

van también de la mano en el diagnóstico de Márquez. El autor de importantes piezas dramáticas como *La carreta* (1953) y *Los soles truncos* (1958), considera que la identidad de la pequeña isla ha estado determinada por una actitud de docilidad y sumisión que hundan la vida isleña en un marasmo de indefinición y temor a coger las riendas de su propio destino. El aislamiento insular sumado a largas centurias de dominación española, primero, y estadounidense a partir de 1898, han convertido al puertorriqueño en un ser de una mansedumbre pasmosa, incapaz de reaccionar incluso ante los atropellos más flagrantes a su integridad física y moral.

Según Márquez, el puertorriqueño ha acabado por aceptar pasivamente, con ejemplar obediencia, su condición colonial, «dorando la píldora» —es decir, tratando de hacer más «digerible» y tolerable con ciertas expresiones y giros del lenguaje una experiencia amarga por lo humillante— de su subordinación política mediante el empleo de los más variados eufemismos. El grado más alto de dicha estrategia de evasión de la realidad y la responsabilidad se alcanza, según el autor, cuando el puertorriqueño transfigura su espíritu de resignación en espíritu democrático:

Se elogia así al puertorriqueño como ‘democrático’, cuando éste tolera, con asnal docilidad, lo que cualquier hombre civilizado no soñaría tolerar en ninguna democracia del mundo contemporáneo. Si aplatanado era aguijón hiriente clavado con fines éticos en el marasmo del alma colonial, su más flamante sinónimo —democrático— es droga estupefaciente piadosamente vertida sobre la conciencia del hombre dócil puertorriqueño para que éste acepte, sin escrúpulos, su condición de tal.

MÁRQUEZ, 1977: 157

Del mismo modo que en Pedreira y Márquez, el talante pesimista, la equivalencia casi completa entre identidad e inautenticidad, se expresa en el tercer y último ejemplo por comentar de seguido, tomado también del contexto ensayístico puertorriqueño: el célebre ensayo del escritor José Luis González, «El país de cuatro pisos» (aparecido originalmente en 1971). No obstante, se trata ya de un pesimismo mucho más moderado, con significativos tintes de esperanza y cauteloso optimismo acerca de la condición insular antillana que no pueden pasarse por alto, pues permitirán conectar sus ideas con las de los dos últimos autores por presentar en este trabajo.

En su ensayo, el autor esboza su conocida tesis acerca de los cuatro pisos de la historia de Puerto Rico. El primero se refiere al poblamiento de la isla por el contingente esclavista, lo que tiene efectos similares al de otras islas del Caribe: el elemento afroantillano es el central en la conformación de la cultura mulata antillana y habría determinado, de haberse limitado a tales orígenes, el carácter fundamentalmente afro-caribeño, de campesinado agrícola, de Puerto Rico. No obstante, a comienzos del siglo XIX se monta un segundo piso conformado por

inmigrantes hispanoamericanos (refugiados de las guerras de independencia) y de otras regiones de la Península Ibérica.

Todavía en 1898 se agregó un tercer piso «que la invasión norteamericana empezó a echar [...] sobre el segundo todavía mal amueblado» (GONZÁLES, 1989: 26). Para José Luis González, la sociedad puertorriqueña del presente vive una crisis profunda en su identidad nacional y en sus estructuras político-sociales, como resultado del «resquebrajamiento espectacular e irreparable que el capitalismo tardío norteamericano y el populismo oportunista puertorriqueño le añadieron a la sociedad insular a partir de la década de los cuarenta» (1989: 38—39).

La posición del autor, que se perfila con toda claridad al final de su texto, va dirigida a apoyar dos puntos interconectados. Por un lado, la necesidad de impulsar el movimiento independentista puertorriqueño, pero a condición de que este pueda «proteger, orientar y, asegurar el pleno desarrollo de la verdadera identidad nacional puertorriqueña» (1989: 38), cuyas raíces y «caribeñidad esencial» ubica el autor en la «cultura popular», asentada en el primer piso de la historia de la isla. Por otro lado, aspecto más relevante para el presente trabajo, González establece con claridad que la capacidad de autoafirmarse como nación mestiza debe ir acompañada de una comprensión definitiva de «que el destino natural de Puerto Rico es el mismo de todos los demás pueblos, insulares y continentales, del Caribe» (1989: 40).

Es decir, se trata de pensar y repensar las características de la condición antillano-caribeña más allá de especificidades nacionales, generadoras de nacionalismos dañinos para el enfrentamiento de desafíos comunes. Incluso, González va más allá al considerar la conquista de auténticas independencias nacionales por parte de los pueblos caribeños «un prerequisite indispensable, para el logro de una gran confederación que nos integre definitivamente en una justa y efectiva organización económica, política y cultural» (1989: 41). Para dicho autor, el proceso de «liquidación de nuestro común pasado colonial mediante la instauración de regímenes populares y no-capitalistas», va de la mano con el reconocimiento pleno de la diversidad cultural y lingüística de toda la zona del Caribe:

El hecho de que en el Caribe se hablen varios idiomas de origen europeo en lugar de uno solo, se ha considerado hasta ahora como un factor de desunión. Y como factor de desunión han utilizado ese hecho, efectivamente, los imperialismos que han hablado a nuestro nombre. Pero, ¿acaso debemos nosotros, los sojuzgados, ver ese hecho con la misma óptica que nuestros sojuzgadores? Por el contrario, debemos verlo como un hecho que nos acerca y nos une porque es un resultado de nuestra historia común. La gran comunidad caribeña es una comunidad plurilingüe.

GONZÁLES, 1989: 41

## 3

El ensayo de Antonio Benítez Rojo, «La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña» (1986), incorporado con posterioridad a un volumen más amplio de estudios sobre la cultura y el pensamiento caribeño, se inscribe en un nuevo proceso de relectura de las identidades latinoamericanas-antillanas que retoma, con distancia crítica, aportes de acalorados debates —en las que participarían, cada uno a su modo, autores cubanos fundamentales, como Fernando Ortiz, Nicolás Guillén, José Lezama Lima y Alejo Carpentier— sobre sus diversos ingredientes étnico-culturales, discusiones en todo caso simpatizantes, en su mayoría, del mestizaje y la negritud. Lo que interesa destacar aquí es que la posición del autor cubano intenta superar el pesimismo de sus colegas puertorriqueños mediante la ambiciosa evocación de un auténtico imaginario caribeño de dimensiones cósmicas (o al menos galácticas) centrado en la idea de múltiples relaciones enriquecedoras entre pueblos y culturas. Con sus palabras:

Si alguien exigiera una explicación visual, una gráfica de lo que es el Caribe, lo remitiría a la Vía Láctea, el flujo de plasma transformativo que gira parsimoniosamente en la bóveda de nuestro globo, que dibuja sobre éste una cartografía «otra» que se modifica a sí misma a cada instante, objetos que nacen a la luz mientras otros desaparecen en el seno de las sombras: producción, intercambio, consumo, máquina (son palabras que vienen a la mente).

BENÍTEZ ROJO, 1986: 116

Es decir, la condición insular no es una condena, antes bien, la tendencia a las múltiples conexiones y relaciones interculturales características de la circunstancia posmoderna. Esta circunstancia es justamente la de la condición del archipiélago y el meta-archipiélago que se visualizan como efectos positivos de la sensibilidad posmoderna. La idiosincrasia caribeña se expresa en textos que se caracterizan, según Benítez Rojo, por una extrema heterogeneidad y capacidad de camuflaje, así como de fertilización recíproca. El escrito literario producido desde el Caribe, asegura también Benítez Rojo, parece «un consumado *performer* que acude a las más aventuradas improvisaciones. Este texto, en su más auténtica expresión, puede referirse muy bien al carnaval, la fiesta del Caribe que resume todos los sistemas de signos (música, canto, danza, mito, lenguaje, vestimenta, comida, expresión corporal, etc.)» (BENÍTEZ ROJO, 1986: 131).

Las provocativas ideas de Benítez Rojo desataron, desde el comienzo, una discusión, imposible por lo demás de considerar aquí, que sigue su curso. Para el propósito de este trabajo baste mencionar, solo de forma muy somera, dos opiniones contrarias. Para Román De la Campa, la heterogeneidad y sincretismo extremos identificados por Benítez Rojo como marcas de lo caribeño insular,

marcas de hecho totalizadoras, constituiría tanto el punto fuerte como el más débil de la interpretación. Por una parte, recupera experiencias otrora despreciadas por el pensamiento colonialista, imperialista y racionalista occidental —como la cultura de los archipiélagos—, pero, por otra, en razón de su misma vaguedad, no permite formarse una imagen más coherente de las particularidades culturales del Caribe, susceptibles de ser sometidas a un examen más imparcial y objetivo de sus contenidos específicos. Escribe DE LA CAMPA sobre el trabajo de Benítez Rojo:

*La isla [que se repite]* moldea el Caribe a partir de claves retóricas: polirritmo, caos y *performance*. Todo el libro se despliega desde este conjunto de significantes, mediante los cuales se efectúa la resistencia cultural ante los procesos de modernización. Pero hay que notar que estas figuras retóricas posmodernas corresponden a formas instintivas de enfrentarse a la vida, remiten a tiempos premodernos. De ahí su riqueza verbal al igual que su contradictoria periodicidad.

2011: 37

Otra lectura, más favorable y conciliadora, del ensayo de Benítez Rojo resalta ante todo su carácter evocativo y tentativo. Sus tesis sobre la repetición de lo caribeño no aspiran a ofrecer una respuesta definitiva a la pregunta por esencias nacionales o regionales, sino solo sugerir la necesidad de abandonar paradigmas teóricos etnocéntricos y eurocentristas. Según dicha lectura, propuesta por el especialista alemán en estudios culturales y literarios sobre el Caribe y Centroamérica, Werner MACKENBACH:

Hay que destacar [...] que [...] Benítez Rojo no quiere pretender proponer una comprensión del Caribe en su totalidad, en sus diversidades. De hecho, debido al espectro cultural extremadamente complejo —«una sopa de signos» (Benítez Rojo, 1998, 16)— nadie puede reclamar ser un especialista de todo el Caribe. Su lectura del Caribe es una entre otras posibles y legítimas —un eclecticismo que no debe ser entendido como una concesión a regañadientes sino una estrategia consciente y considerada.

2013: 24—25

La obra de Édouard Glissant, madurada a lo largo de varias décadas, se propone romper tanto con visiones eurocentristas y colonialistas de la realidad caribeño-antillana, visiones impuestas de distintas formas tanto a europeos como a nativos, como con propuestas autóctonas acerca de lo absolutamente *otro* caribeño. En forma similar a Benítez Rojo, la propuesta de Glissant impulsa la desaparición de esencias inmutables, y concentra en su fórmula del «pensamiento-archipiélagos» la posibilidad de asir conceptualmente dos elementos característicos de la experiencia caribeña, la apertura permanente y la provisionalidad constante. Según lo aclara, se trata de promover un

pensamiento del ensayo, de la tentación intuitiva, que se podría adosar a pensamientos continentales que serían sobre todo pensamientos de sistema. A través del pensamiento continental, aún vemos el mundo en bloque, en grueso, o como un chorro, como una especie de síntesis imponente, tal como cuando observamos sucesivas tomas aéreas de vistas generales de los contornos de los paisajes y de los relieves.

GLISSANT, 2008a

Al contrario del pensamiento en bloques continentales, el «pensamiento archipiélago» gusta del detalle, la minucia y la transitoriedad, se demora en la consideración de particularidades no asimilables a unidades monolíticas de conceptos y teorías —como teorías sobre identidades fijas y excluyentes de otras. La perspectiva de Glissant supera el pesimismo de autores como Pedreira y Márquez sobre identidades inauténticas, porque no se detiene a lamentar agresiones pasadas a la nacionalidad «en sí», ni a insistir en algo así como la cristalización definitiva de la idiosincrasia nacional en nociones peyorativas de insularismo o en la hipostatización de un término psicológico como «docilidad». El pensamiento de Glissant propone adoptar la insularidad misma en su repetición bajo la forma del archipiélago o meta-archipiélago, como punto de partida para un proceso más vasto y culturalmente abarcador: el de *creolización* o puesta en contacto y fertilización recíproca de todas las culturas. En este último punto su posición se acerca a la expuesta por José Luis González sobre la necesidad de estrechar en la zona caribeña en general contactos entre lenguas y naciones.

Además, como subraya Glissant, se trata de combatir visiones exclusivistas de la Historia (da igual si son de tono *euro*-céntrico o *caribe*-céntrico) y de abogar en cambio por la conexión amistosa de múltiples historias des-centradas: «Luchar contra lo Uno de la Historia, por la Relación de las historias, quizás sea recuperar a la vez nuestro tiempo verdadero y nuestra identidad: plantear en términos inéditos el tema del poder» (GLISSANT, 2010: 151). Para esta tarea el área antillano-caribeña posee el privilegio de la apertura geográfica que ofrecen sus costas, la creolización es producto del interminable ir y venir de culturas, lenguas y pueblos, como las mismas corrientes marinas que la envuelven. Con palabras de GLISSANT:

Repito siempre que el mar del Caribe se diferencia del mar Mediterráneo por ser un mar abierto, un mar que difracta, en cambio el Mediterráneo es un mar que concentra. Si las civilizaciones y las grandes religiones monoteístas nacieron en torno de la cuenca del Mediterráneo, esto se debe a la fuerza que tiene ese mar de predisponer el pensamiento del hombre, así sea a través de dramas, guerra y conflictos, a un pensamiento del *uno*, de la *unidad*. Por el contrario el mar Caribe es un mar que difracta y lleva a la efervescencia de la diversidad.

2008b: 9

## 4

Como bien lo ha señalado Werner Mackenbach, aportaciones teóricas como las de Antonio Benítez Rojo y Édouard Glissant, elaboradas en torno a imaginarios como el meta-archipiélago o el pensamiento del archipiélago, anhelan superar el pesimismo generalizado de cierto grupo de autores antillano-caribeños comprensiblemente abrumados por la historia trágica de sus pueblos. Con sus planteamientos renovadores, aquellos autores

abogan por romper definitivamente con el aferramiento a la búsqueda de identidad/es fija/s como eje principal que ha caracterizado el pensamiento político y social así como los estudios y teorizaciones socio-culturales y estéticos en América Latina y el Caribe durante siglos [...]. Al mismo tiempo, son un aporte muy específico y sugerente al pensamiento poscolonial desde y sobre el Caribe que representan un reajuste oportuno y necesario de los discursos poscoloniales que por un largo período se desarrollaron en/sobre y fueron (sobre) determinados por otras regiones del mundo.

MACKENBACH, 2013: 25—26

En efecto, cuanto más se persista en la búsqueda de identidades cerradas y definitivas, tanto más frustrante resultará reconocer, a la postre, la infructuosidad del intento. El pesimismo surge, precisamente, por la incapacidad de reconocer, desde un principio, la futilidad de la empresa. El pesimismo identitario que penetra las reflexiones de diversos autores podría disiparse por completo en cuanto se admitiera el hecho de la diversidad y multiplicidad inagotable de la realidad. Por eso, en el campo de los estudios culturales caribeños y antillanos, la idea de la creolización, tal y como la ha formulado más recientemente y en detalle teórico sobre todo Édouard Glissant, se opone a cualquier intento por aislar el microcosmos cultural insular del orden universal.

Tanto el deseo obsesivo por extraer de algún tipo de mito fundacional identidades puras y únicas como el intento de manufacturarlas a posteriori y de protegerlas de cara a los *otros*, representan dos estrategias totalmente desubicadas en el mundo de hoy. No tienen cabida en la aspiración de autores como Benítez Rojo y Glissant por hallar formas de convivencia humana modeladas según la idea de archipiélagos mundiales, conectados por innumerables y a veces insospechados lazos comunes, geográficos y culturales. Dichas formas podrán, acaso, colmar por fin las esperanzas de pueblos sometidos por mucho, demasiado tiempo, a procesos sistemáticos de dominación imperial, con sus bien conocidas y persistentes secuelas de explotación económica, inestabilidad política e invisibilidad cultural.

## Bibliografía

- BENÍTEZ ROJO Antonio, 1986: «La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña». *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 429, 115—130.
- DE LA CAMPA Román, 2011: «El Caribe y su apuesta teórica». *SUR/versión 1*, julio — diciembre, 25—52.
- GELPÍ Juan, 1993: «El clásico y la reescritura: *Insularismo* en las páginas de *La guaracha del macho Camacho*». *Revista Iberoamericana*, Vol. LIX, n° 162—163, enero — junio, 55—71.
- GLISSANT Édouard, 2010: *El discurso antillano*. Trad. Aura Marina BOADAS, Amelia HERNÁNDEZ y Lourdes ARENCIBIA RODRÍGUEZ. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- GLISSANT Édouard, 2008a: «Pensamientos del Archipiélago, pensamientos del Continente». Trad. Ana-Rosa TELADO. *Revista El Aleph*, <http://www.revistaaleph.com.co/index.php/component/k2/item/208-pensamientos-del-archipelago-pensamientos-del-continente>. Fecha de la última consulta: el 10 de diciembre de 2014.
- GLISSANT Édouard, 2008b: «Creollización en el Caribe y en las Américas». *Poligramas*, diciembre, 11—18, [http://poligramas.univalle.edu.co/31/poligramas\\_junio\\_2009.pdf](http://poligramas.univalle.edu.co/31/poligramas_junio_2009.pdf). Fecha de la última consulta: el 10 de diciembre de 2014.
- GÓNZALEZ José Luis, 1989: *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- MACKENBACH Werner, 2013: «Del *éloge* de la *creolité* a la teoría del caos. Discursos poscoloniales del Caribe más allá de la identidad». *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, Vol. 10, n° 11, 16—29, <http://revistas.ucr.ac.cr/index.php/intercambio/articulo/view/9953/9365>. Fecha de la última consulta: el 10 de diciembre de 2014.
- MÁRQUEZ René, 1977: *El puertorriqueño dócil y otros ensayos (1953—1971)*. Río Piedras: Editorial Antillana.
- PEDREIRA Antonio Salvador, S. 1934: *Insularismo* (fragmentos), <https://sites.google.com/site/elen-sayolite6447/lite-6447---textos>. Fecha de la última consulta: el 10 de diciembre de 2014.

## Síntesis curricular

Amán Rosales Rodríguez trabaja en Polonia en la Universidad Adam Mickiewicz de Poznań y en la Universidad de Łódź. Sus campos de interés y trabajo incluyen la historia y cultura de Hispanoamérica, la literatura hispanoamericana de los siglos XX—XXI, la relación entre filosofía y literatura así como las modalidades del ensayo hispanoamericano contemporáneo. Entre sus libros se cuentan: *Ciencia, pragmatismo y relativismo. Estudios filosóficos*, San José, C. R., Editorial Universidad de Costa Rica, 2007; *Filosofía de la tecnología. Acción humana y contingencia histórica*, Bogotá, Editorial San Pablo, 2010; *La modernidad y su crítica en el ensayo latinoamericano*. Ezequiel Martínez Estrada y Octavio Paz, Poznań, Wydawnictwo Naukowe UAM, 2012.